

Notas a un relato infantil asturiano

1. En nuestro trabajo doctoral «Bable y castellano en el concejo de Oviedo»¹, hemos analizado las interferencias que en el habla viva se producen entre ambos sistemas lingüísticos. Ahora presentamos un texto escrito, una redacción de un muchacho de diez años, en un establecimiento docente de la zona central asturiana (Noreña), que ofrece curiosa-mente, por la espontaneidad con que se expresa, fenómenos análogos: la intención del narrador es la de expresarse en castellano, pero aquí y allá asoman los rasgos bables. En primer lugar transcribimos el texto con su peculiar grafía, y a continuación hacemos una transcripción de base fonológica simplificada, reconstruyendo lo que hubiera sido la expresión oral correspondiente.

2. Texto.

Noé era un hombre justo y Dios era bueno para él y estuvo muchos hijos y eran muy buenos y se llamaban Cain y Abel y Cain era malo todo lo que senbrava en la huerta nada y nacia y Abel era muy bueno y todo lo que senbraba todo y inacia y medrava y a Cain noy medrava nada y Cain a Abel tenia envidia y un dia dijo que iban a dar un paseo ilo mato y despues le dijo Dios que icisti Cain y respondia yo noice nada y dijo Dios en donde esta tu hermano y dijo el quesio

(1) En *Archivum*, 17 (1967).

y dijo Dios nodigas quesio que lu mataste y decia el no nolo mate y despues Dios para castigarlu dijo a Noe que y ciese una barca y que cojera un par de cada animal y empezo ayober 40 dias y 40 noches y después dijo Cain que y iciesen una tore que llege al Cielo y cuando y van a la mitac llos cambio las lenguas y si pidien ladrillo ellos igual llos llevaban pasta.

3. Transcripción:

Noé era un ombre justo y Dios era bueno pa él. Y tubo muchos ijos y eran muy buenos y se yamaban Caín y Abel. Y Caín era malo: todo lo que sembraba en la güerta nada-y nazía. Y Abel era muy bueno y todo lo que sembraba todo-y nazía y medraba, y a Caín no-y medraba nada. Y Caín a Abel tenía embidia, y un día dijo que iban dar un paseo y lu mató. Y después le dijo Dios: «¿Qué izisti, Caín?» Y respondió: «Yo no ize nada». Y dijo Dios: «¿En dónde tá tu hermano?» Y dijo él: «Quesió». Y dijo Dios: «No digas 'quesió', que lu mataste». Y dezía él: «No, no lu maté». Y después Dios pa castigálu dijo a Noé que iziese una barca y que cojera un par de cada animal. Y empezó a yober cuarenta días y cuarenta noches. Y después dijo Caín que-y iziesen una torre que yegue al zielo. Y cuando iban a la mitaz, yos cambiá las lenguas y si pidien ladriyo eyos igual yos yebaben pasta.

4. En el análisis del contenido de este texto, nos sorprende la particular e ingenua selección que el narrador hace entre los elementos de la experiencia que nos comunica, mediante una serie de unidades significativas, escogidas no menos espontáneamente, de candorosa fuerza en el relato y de cuya expresividad culparemos, sin duda, a la intuición y no a la pericia del autor.

Se trata de un narrador inteligente que no repite lo que se ha aprendido en el libro o ha oído contar, sino que lo refunde y nos lo devuelve actualizado. Apura los recursos estilísticos de su habla, el asturiano, que en su familiar manera de significar cobra calidades literarias en las sencillas pero contundentes metáforas y comparaciones, en la espon-

taneidad del estilo directo o en la interferencia de planos distintos de la exposición, cuando describe o cuando narra, como era de esperar de la simple elaboración mental de un niño de diez años.

El niño nos cuenta una simpática historia de Noé. Su erudición no es muy grande. Mezcla a Noé con Caín y Abel. La noticia que tiene de ambas historias es confusa, y con poca precisión de datos, que hilvana genialmente, nos da su propia versión vigorizada y actualizada. Empieza diciendo que «Noé era un ombre justo». Quizá sea ésta la única frase que recuerda literalmente y así la repite. De lo contrario, el sintagma «justo» del castellano del libro, lo hubiera traducido por el equivalente *bueno* del asturiano, más frecuente y significativo y que aparece en la secuencia siguiente. Dios corresponde a su bondad y le concede muchos hijos. No sabemos si la multiplicación de la prole, en la filosofía elemental del niño, se corresponde con el premio de la Providencia. A la hora de hablar de los hijos limita el número para confundirlos con Caín y Abel, cuya historia conoce, interpolándola a la de Noé. La información comienza a ser inexacta, pero es quizá en este momento cuando el relato pasa a ser pura recreación literaria.

Los elementos subjetivos que incorpora a su narración no nos chocan como contenidos originales del niño —todo lo que dice es repetición de lo que ve y oye, nada se inventa—, sino como intuición expresiva. Sus esquemas mentales son, en todo, fiel reflejo de la realidad que le rodea, y producto de una determinada formación. Así, en la familia constituida por Noé y sus hijos, como en toda familia bien organizada, hay una oveja negra, que es Caín, el malo de la Escritura. Abel, por el contrario, es bueno. Y en consecuencia Abel recoge buenas cosechas y a Caín se le malogran todas. Dice el texto: «Caín era malo: todo lo que sembraba en la güerta nada-y nazía. Y Abel era muy bueno y todo lo que sembraba todo-y nazía y medraba, y a Caín no-y medraba nada». Las ideas del bien y del mal, asociadas a un premio y a un castigo, esto es, con una causa y un efecto, no son espontáneas en el niño, sino adquiridas. La originalidad radica

en la forma narrativa, en la casi escenificación rural, detallada e insistente, de las cosechas de los dos hermanos, con un vocabulario agrícola limitado («sembrar, nazer, medrar, güerta») pero preciso, y una sintaxis elementalísima, sin más complejidad que la polisíndeton. La envidia que Caín siente por Abel es el móvil del crimen de que nos habla la Biblia, y nuestro narrador así lo repite: «Y Caín a Abel tenía embidia, y un día dijo que iban dar un paseo y lu mató...» Aparece entonces Dios, juez supremo, y le pide cuentas a Caín de su mala acción. Y el relato vuelve a cobrar interés con el diálogo directo entre Dios y Caín. Ambos interlocutores se producen con la naturalidad fresca y simpática que caracteriza las regañinas cotidianas entre padre e hijo, o maestro y alumno, cuando el motivo sólo llega a la categoría de «picardía». El crimen no parece afectar demasiado al narrador. Nos da simplemente la noticia; luego vendrán las consecuencias: «Y después le dijo Dios: '¿Qué izisti, Caín?'». A pesar del clima paternal e indulgente del interrogatorio que Dios hace a Caín, éste no se deja ganar por el paternalismo. Hay ocultación de la verdad, frialdad e indiferencia irresponsables en las respuestas del criminal: «Y respondía: 'Yo no ize nada'. Y dijo Dios: '¿En dónde ta tu ermano?' Y dijo él: 'Quesió'. Y dijo Dios: 'No digas quesió, que lu mataste'. Y dezía él: 'No, no lu maté'». Dios quiere castigar a Caín. Ordena a Noé, su «padre» en el relato, la construcción de una *barca* —tendrá que flotar más tarde—, y la captura de «un par de cada animal». Lluve cuarenta días y cuarenta noches. Estos y otros datos históricos que maneja aparecen a veces, por mal conocidos, extemporáneos, incoherentes y graciosamente falscados, sin que ello afecte para nada al contenido expresivo de la narración. De nuevo aparece Caín, confundido con los constructores de la Torre de Babel, que en su ambición desmesurada ordena hacer una torre «que yegue al zielo». Su propósito fracasa, porque cuando «iban a la mitaz» de la construcción, «yos cambió las lenguas y si pidien la driyo eyos igual yos ycbaben pasta». Nuestro autor cierra así el relato con este final casi abrupto, en el que la intensidad recreativa presenta un crescendo. A partir de este momento el entendimiento ya no fue posible. Es claro que el ni-

ño ha intuido perfectamente la función significativa de la lengua. Y no hay duda, a la vista de esta imagen que nos hace plástica la confusión de los hablantes, que consigue la expresividad con maestría de verdadero artista. Es su arte realista y sencillo. Responde a una habilidad literaria in-nata, alicortada por la poca edad y las circunstancias socio-culturales que le rodean. El autor es campesino, y del campo y sus gentes toma la inspiración y los elementos con que le da forma. El continuo quehacer del campesino modesto, sin prisa y sin pausa, está presente en la mente del niño que escribe: este hombre del campo hace de todo y sirve para todo si la necesidad le obliga; si tiene que levantar una pared o cubrir una superficie hace las veces de albañil; el ladrillo y la «pasta» son materiales de construcción bien conocidos. Con tan escasos recursos teje esta imagen tan realista como metafórica, tan precisa como primorosa, que cualquier intento de explicación o comentario puede oscurecer.

En fin, ante este prodigio infantil de recreación literaria, se nos ocurre pensar en los resultados que el mismo muchacho habría conseguido con más edad y ya iniciado en el aprendizaje de la ciencia literaria de acuerdo con las normas pedagógicas vigentes. No habría alcanzado un texto con tales calidades. Porque un texto así sería desestimado por la inexactitud de la noticia y por la forma dialectal que la arropa, considerada sin más como incorrecta. El niño, al no poder expresarse con soltura en otra lengua que la familiar, sentiría aumentar el complejo de inferioridad lingüística. Y en lo sucesivo intentará ajustarse a la lengua oficial, que no conoce bien, perdiendo espontaneidad².

5. Sintácticamente, el texto discurre por el cauce tan típicamente popular de la polisíndeton. Casi todas las oraciones se enlazan con la copulativa y, como corresponde a la mentalidad poco madura del niño. Igualmente familiar e in-

(2) Craso error de los educadores. Lo conveniente sería fomentar el bilingüismo en el chico, proporcionándole ambos registros, el oficial y el de uso familiar. Adquirido el oficial, el paso de una lengua a otra sería automático, y la habilidad expresiva del hablante no se vería menguada en ninguno de los dos modos de habla. Quizá este tema interese a la pedagogía de la enseñanza media, pero aquí nos aparta del propósito que perseguimos.

fantil es el uso del estilo directo, de marcada intención expresiva, siempre introducido por el verbo dicendi más frecuente (*dezir*) menos en una ocasión (*responder*), lo que supone un incipiente sentido de la variación estilística en el narrador y una cierta dosis de cultificación.

También se utiliza el estilo indirecto con el mismo verbo *dezir* y el transpositor *que*. Parece que el redactor, aunque inconscientemente, ha habido graduar su intención: emplea el estilo directo en lo que considera más vivo y central en su relato (el diálogo de Dios y Caín), mientras en la zona más narrativa echa mano de los giros indirectos. Hay una especie de mezcla de los dos estilos en una ocasión: «dijo Caín que iziesen una torre que yegue al zielo». Se comienza en estilo indirecto (*que iziesen*) y de pronto la viveza del relato aporta una forma verbal del directo: *que yegue* (en lugar de *yegara*).

Todos estos rasgos son generales a las variedades del español popular, y no característicos de la zona asturiana. Lo mismo se diría de la puntualización sucesiva de los acontecimientos mediante la reiterada presencia de *y después*.

Esta simple e incipiente construcción de los períodos oracionales choca con la maestría y la seguridad con que se emplean los aspectos verbales en la oposición del perfecto simple y del imperfecto. Lo descriptivo y no terminativo se expresa con imperfecto (*era, eran, se yamaban, sembraba, nazía, etc.*); lo puramente narrativo y terminativo con el perfecto (*tubo, dijo, mató, empezó, etc.*) Particularmente expresiva es esta oposición en los verbos introductorios: *dijo Dios... y decía él*, ejemplos donde el uso del imperfecto manifiesta la vehemencia y la insistencia con que se excusaría Caín frente a la inapelable y seca acusación de Dios, con perfecto. El único rasgo bable que en el empleo del perfecto simple ofrece el texto, lo tenemos en el mismo diálogo central: *¿qué izisti...?, yo no ize nada, que lu mataste, no lu maté*, casos en que el castellano podía haber utilizado el perfecto compuesto (*has hecho, has matado*) para indicar la perspectiva de presente.

Si en ese caso perdura el sistema verbal *bable*, en otros se ve la penetración de la lengua escrita. El asturiano usa normalmente el subjuntivo en *-ra* (que notamos en *cojiera*), pero la influencia culta ha introducido en la redacción formas con *-se* (*iziese*) que permiten la variación.

En fin, hay que señalar la fusión del sentido incoativo (*empezó a yober*) con el durativo indicado por la expresión temporal (*cuarenta días y cuarenta noches*), producto de inhabilidad en el análisis de la sustancia.

6. Donde se mantiene mejor el sistema *bable* es en el uso y formas de los pronombres personales. Porque si bien se observa un intento de acomodarse al castellano (*lo mató, le dijo*), lo normal en el texto es la vacilación (*lu mataste, no lo maté, castigarlu*), y sobre todo las formas asturianas (*nada-y nazía, no-y medraba, yos cambió, yos yebaban*).

Formas *ables* se dan también en el verbo: *izisti* (frente a la *-e* castellana en *mataste*), *pidien* (en lugar de 'pedían'). El narrador, claro es, al hablar dirá *tá* 'está'; en consecuencia, por ultracorrección, escribe *estuvo* por 'tuvo' de 'tener'.

Otras expresiones dignas de mención son las siguientes. La frecuente contracción *quesió* 'qué sé yo' probablemente no es analizada en sus elementos originarios y funciona como unidad. Es típico también del habla popular el uso de *igual* adverbialmente. El empleo de *barca*, por 'arca', se explicaría porque el narrador integra en su sistema léxico el término oído o visto (*arca*, que en su habla se refiere a otro objeto) y lo adapta a lo que utiliza de costumbre para designar una construcción flotante. *Medrar* en el sentido de 'crecer, prosperar' es también la expresión general en el dialecto. Por último, tenemos dos sustantivos de materia, *ladriyo* y *pasta* 'argamasa'; el primero con la característica forma en singular (el castellano diría 'ladrillos') y con la *-o* propia del llamado neutro de materia. Se podría agregar como sustantivo de materia el caso de *animal*: *un par de cada animal*, donde por otra parte el castellano hubiera utilizado 'pareja'.

7. Fonéticamente la castellanización es amplia: genera-

lidad de [x] y nunca [š], ausencia de [f] inicial, aparición de [ø] y no de [š] en formas del verbo *dezir*. Nos fijaremos sólo en dos fenómenos. Uno, la vacilación ortográfica entre *ll* y *y*. El redactor es sin duda yeísta, como las generaciones jóvenes de la zona central asturiana, puesto que si bien escribe correctamente *llamaban*, *llegue*, *ellos*, *ladrillo*, *llevaban*, pone también *yober* 'll' ver' e introduce *ll* en el pronombre *yos*. El otro lo ofrece la palabra *mitac*, cuya letra final *c* refleja —inhábilmente pero con claridad— la pronunciación normal del fonema /d/ en la distensión silábica, es decir [ø], sonido que como se sabe manifiesta en la lengua popular (y en esta región en todos los niveles culturales) la neutralización en tal posición de casi todos los fonemas no continuos, cuando se intenta conservarlos y no reducirlos a cero (*re-tor* - *reztor*, *sez* 'sed', etc.)

JOSEFINA MARTÍNEZ ALVAREZ